

violencias innecesarias o de derramamiento de sangre por razones de poca monta, se citaba a las Repúblicas americanas.

Voy a leer unos párrafos del *Times*, de Londres, del año 1914, que no dejarán duda sobre la idea que tenía Europa entonces de lo que eran las Repúblicas americanas. Decía el *Times*:

«En Perú, en Bolivia, en el Paraguay, en el Ecuador, en Venezuela..., en otros países americanos, los actuales ocupantes del suelo tendrán que desaparecer gradualmente y descender a aquella condición inferior que su flaco temperamento les marca como destino.»

De la Prensa y de los labios de la gente maleante esta idea ha pasado a las obras científicas, y ha tenido dos protagonistas especiales en Europa: el uno, el doctor Benjamín Kidd, en Inglaterra; y el otro, Gustavo Le Bon, sabio más conocido, a quien los periodistas solemos citar con muchísima frecuencia en las gacetillas y hasta en los artículos de fondo.

Antes de discutir las teorías de Gustavo Le Bon, será bueno hacer presentes todos los campos de la actividad humana por donde se ha difundido su tibia inteligencia: el señor Gustavo Le Bon ha escrito sobre la Psicología de las multitudes, sobre la Psicología del Socialismo, sobre el humo del tabaco, sobre la equitación, sobre las religiones de la India, y, sin agotar el curso de sus estudios, ha preparado también una obra, que se llama *La evolución de la materia*, en que trata de probar que las corrientes eléctricas no son otra cosa que materia en estado de disociación. Este señor nos ha hecho el favor a los sudamericanos de estudiar también nuestra vida política y clasificarnos en el grupo determinado en la gran familia de las naciones.

Su definición de las Repúblicas americanas es bastante gráfica y significativa. Dice así: «Se sabe en qué estado de miserable anarquía viven todas las Repúblicas latinas de la América—esto era escrito por el año 1892—; revoluciones permanentes, dilapidación completa de las finanzas, desmoralización de todos los ciudadanos y, sobre todo, del elemento militar». De modo que no hay salvación. Son todas las Repúblicas las que viven en un estado de miserable anarquía, y somos todos los ciudadanos de esas Repúblicas los que estamos completamente desmoralizados. Ahora, las revoluciones son permanentes, como si tal cosa fuera posible, y la dilapidación de los tesoros de las Repúblicas, completa. Que un hombre que se llama hombre de ciencia y que tiene el título de doctor use esta clase de lenguaje en una obra científica no deja de causar adecuada

sorpresas. Ni aun los periodistas, premio a quien se le hace con frecuencia el reproche de irresponsable, nos atrevemos a poner esta clase de epítetos cuando abordamos un tema con la debida seriedad.

Pues los libros de Benjamín Kidd y de Gustavo Le Bon eran el evangelio de las personas que desde 1870 hasta fin del siglo hacían la anatomía de las Repúblicas hispano-americanas; y todavía, porque el valor de la Prensa es tan considerable y la letra puesta sobre el papel jamás desaparece, todavía hay muchas personas que para hablar de la América del Sur van a buscar los libros de Kidd y de Gustavo Le Bon.

Como resultado de las ideas de estos expositores vino, en esa misma época, aquella entretenida teoría, por no darle otro nombre, según la cual el hombre blanco tenía sobre sus hombros una carga que la Providencia le había colocado y de la que no podía librarse: era la carga de civilizar a las razas que no eran de color blanco. Y esta teoría filantrópica no habría estado expuesta a ningún género de objeciones si no hubiera sido porque el hombre blanco se clasificaba a sí mismo. Cuando el europeo vino a clasificarse a sí mismo, colocaba como hombres blancos a los ingleses, a los franceses, a los alemanes, tal vez a los suecos; el resto del Universo eran gentes de color. Y esos cuatro países, incluyendo a los Estados Unidos, que vinieron a penetrar en el grupo un poco más tarde, estaban destinados por la Divina Providencia a sojuzgar a las otras razas para enseñarles el camino de la civilización.

Ahora, ¿quiénes eran las gentes de color? Las gentes de color eran 400 millones de chinos, que tienen una civilización muy anterior a la civilización que han implantado los hombres blancos, por lo menos hasta donde alcanzan los recuerdos de la Historia; eran el Asia sagrada, el Africa tenebrosa y, desde luego, toda América. Estos pobres hombres blancos habían echado sobre sí el gravamen extraordinario de cargar con las culpas de los hombres de color y de enseñarles el camino para salvarse y para salvar la civilización.

Respecto a la necesidad de ilustrar y salvar a los chinos quiero referir con permiso de la concurrencia, una frase de Bertrand Russell en una conferencia que daba en Londres al llegar de un viaje a la China, muy prolongado, que había hecho precisamente con objeto de venir a dar conferencias en Londres sobre los resultados de sus exploraciones. Bertrand Russell, como sabe muy bien el auditorio, es, sin duda alguna, el matemático más notable que tiene Inglaterra, y en estos momentos uno de los filósofos más penetrantes y más originales de Eu-

ropa. Pero, por un fenómeno muy común en estos tiempos, después de de fatigarse en el estudio de esas disciplinas, ha venido a comprender que eso es inferior a las necesidades del espíritu humano y se ha entregado por completo al estudio de la psicología de su mismo pueblo y de los pueblos distintos de Inglaterra. Cuando regresó de China le invitaron a que diera conferencias sobre las experiencias que había hecho y sobre los conocimientos que había adquirido con los chinos, y dió una serie de ellas—ocho o diez—, a la última de las cuales tuve el gusto de asistir. Al acabar esta conferencia, la señora que presidía se levantó y propuso a los que estaban presentes que se empezara una suscripción para establecer un fondo copioso con el cual se pudiesen mandar chinos a estudiar a Europa, y rogó al señor Russell que diera su opinión sobre ese concepto. El señor Russell dijo: «Señora: creo que la recolección que se va a hacer con el objeto a que usted se refiere es profundamente saludable, pero está invertida. En vez de gastar esas grandes cantidades de dinero que se van a comenzar a recoger esta noche para traer chinos a estudiar en Europa, yo propongo que se usen para llevar ingleses a estudiar a la China»; y la concurrencia estalló en uniforme carcajada. Entonces el señor Russell, con una seriedad netamente británica, dijo: «Señores: he visto que las ocho conferencias que he dado sobre la China han sido tiempo perdido, porque cuando ustedes se ríen de lo que acabo de decir, es que no han comprendido absolutamente cuál es el objeto de mis conferencias».

De modo que, en concepto de una mente tan avanzada como la de Russell, la idea de que el hombre blanco de Europa vaya a enseñarles a los chinos es una cosa tan justificada y tan legítima como el hecho de que los chinos viniesen a Europa a enseñarnos también su civilización. Pues una cosa semejante pasa con América, aunque no en forma tan marcada como en el caso de la China.

De esta división del género humano en gentes de color y gentes descoloridas ha nacido la leyenda de que los pueblos que habitan las dos Américas, excepto los Estados Unidos y Canadá, son pueblos sumidos en la barbarie, por causa de las continuas revoluciones, y esto, que no estaba fundado en los hechos, se distribuyó por Europa y por los Estados Unidos durante mucho tiempo, porque los individuos que distribuían esa opinión necesitaban que se hiciera popular con el objeto de justificar, más tarde o más temprano, sus ambiciones sobre ciertas regiones del Continente.

Vamos a estudiar la primera leyenda.